

# LA MADRE DE FAMILIA.

BIENOTECOA MUNICIPAL  
MADRID

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

NOVIEMBRE N.º 56 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V. 1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veintete y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieren suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

## SUMARIO.

El niño leproso, por María José Vidal.—El pensamiento, poesía, por Josefa Molero y Ferrer.—La pendiente del abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Soneto, por Lope de Vega Carpio.—*Maria*, por E. B.

## EL NIÑO LEPROSO.

### I.

Era una noche sumamente oscura; ni una estrella brillaba en el firmamento, y la tempestad recorría con violencia el desierto, haciendo resonar por las arenas sus roncós bramidos.

—¡Abrid, abrid! clamó una voz medio apagada por el sufrimiento.

En el interior de la pobre morada una mujer pálida y de facciones rudas se calentaba á la llama vacilante del hogar, dirigiendo de vez en cuando una triste mirada á una cuna en la cual dormía un niño poseído de la fiebre.

—Abrid, abrid! repetía desde fuera la voz.

—Quien quiera que seáis, contestó la vieja sin molestarse, proseguid vuestro camino, pues á nadie se dá hospitalidad.

—¡En el nombre del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, abrid!

—Ya os lo he dicho, ¡ay del viajero que entre aquí! replicó la mujer levantándose con malísimo humor.

—¡Vamos á morir, tened compasión de nosotros!

La vieja miró de nuevo á la cuna. El niño se habia despertado, y lloraba tendiéndole los brazos.

Era madre, enjugó una lágrima, y entreabriendo la puerta dijo:

—¿Qué quereis, torpes viajeros?

—Un abrigo para mi esposo y para mi hijo, le contestó una jóven cuya belleza deslumbró los ojos de la vieja.

—Sios concedolo que pedís, seré causa de vuestra muerte; porque soy esposa de un célebre bandido, y si entra, ya no podré libraros de sus golpes.

Mientras que hablaba de este modo, la puerta se fué abriendo enteramente; y José, despues que hubo arreglado su asno, entró con su esposa María, y con Jesus, el Niño Dios.

La dueña del casuchon arrojó al fuego un tronco seco, y en breve una llama viva y restauradora llenó de calor el aposento, de gozo y de satisfacción, el corazón de los viajeros. El pobrecito enfermo se incorporó en su cuna olvidando sus dolores, y sonriendo al Niño Jesus.

—Yonose quiénes sois, dijo la mujer del ladron; pero desde que habeis entrado me siento dichosa y alegre, y observo que á mi hijo le sucede otro tanto.

## II.

Las tinieblas se hacian por fuera aún mas espesas; la tempestad no cesaba de rugir, y la casita temblaba como combatida por rudos ataques.

—Volvieron á llamar.

—¿Quién va?

—Mujer, abre pronto.

—¡Cielos! ¡es mi marido! ¿en dónde os ocultaré? dijo desolada la vieja.

María se levanta, pone su hijo en sus brazos, y abre la puerta.

El bandido entra bruscamente, chorreando de agua y cargado de rapiñas.

Al ver á María retrocede un paso, y lanza sobre su mujer una mirada de cólera:

—Son unos pobres viajeros á quienes la tempestad ha sorprendido.

Yo les he albergado, pensando que quizás nos darán la felicidad.

El semblante airado del bandido se templó sonriendo, cerró la puerta y dijo:

—Pues bien, ¡que sean bienvenidos!

Y sin añadir una palabra dejó su botin en un ángulo de la pieza, sacudió sus vestidos mojados, y se acercó al fuego en donde se agitaba la risueña llama.

—Mujer, añadió al cabo de un rato, ¿no tenemos nada que comer?

—Tenemos todavia un poco de pan, frutas y un cuarto de cabrito.

Y disponiéndose á entregar á María su hijo pra arreglar la comida repuso esta:

—No, no os movais, yo la serviré.

Comieron todos menos la mujer del ladron, que quedó junto al fuego con Jesús y con su hijo enfermo; pero nada le importaba, pues nunca su corazon habia experimentado tanta felicidad y tanta dulzura.

Despues de comer, el bandido se acercó á la lumbre, cruzó su frente una profunda arruga, y dijo á José:

—¡Ojála que mi hijo se pareciese al vuestro!

—Y qué ¡caso está enfermo? preguntó el esposo de la Virgen, que solamente vió las asquerosas llagas de que estaba cubierto el desgraciado niño.

—Enfermo, y de un mal terrible, contestó el padre suspirando; es leproso.

Siguió un largo y profundo silencio á estas palabras. La mujer del ladron quedó anegada en lágrimas, y añadió:

—El Señor castiga al hijo por los pecados de sus padres.

El ladron miró á su mujer, pero esta vez no lo hizo con rabia ni dureza; mas bien podia verse pintado en su semblante la inquietud y el remordimiento.

—Dios abre sus brazos al pecador arrepentido, les dijo María, y cambia sus lágrimas en júbilo.

Y colocando sobre sus rodillas á Jesús, añadió:

—El día viene y la tempestad se va. Tened la bondad de darme un poco de agua para lavar á mi hijo, y partiremos.

—Esperad un poco, repuso el ladron, que sentía la separacion de sus amables huéspedes de la noche.

—Nos es preciso hacer un largo camino, respondió José.

—¿A dónde vais?

—Pobres desterrados, vamos á buscar un asilo en Egipto. Mas tarde volveremos.

—A vuestro regreso acordaos de mi choza que habeis llenado de luz y de gozo.

José y el bandido se despidieron junto al hogar y salieron.

El viento se habia templado, y era suave; las nubes replegábanse en el horizonte, y la naturaleza se presentaba fresca y jóven como el día de primavera mas hermoso.

—Partamos, dijo José.

—Lavad vuestro hijo en la misma agua en que yo he lavado el mio, dijo María á la vieja despues de abrazarla y al apartarse de ella en compañía de su esposo.

## III.

Mientras pudo distinguirles su vista, el bandido y su esposa siguieron con los ojos á nuestros viajeros.

Cuando no pudieron distinguirles suspiraron, como si acabaran de perder un miembro querido de su familia.

Su hijo se tenía en pié en medio de los dos, y se echó á llorar.

—Ven, hijo mio, le dijo su madre; voy á lavarte en el agua que ha servido para el niño de esos viajeros.

—¿Por qué? repuso el padre encogiéndose de hombros.

La mujer no contestó; y apenas el niño hubo tocado al agua, quedó enteramente curado.

Y es que el Señor no deja ninguna obra buena sin su recompensa.

Mas tarde el pobre leprosillo murió arrepentido junto á Jesus crucificado.

El mundo entero le conoce con el nombre de *El buen ladrón*.

María José Vidal.

## EL PENSAMIENTO.

Pensamiento que te elevas

Y escalar quieres el cielo,

¿donde tu osadía llevas?...

¡A penetrar no te atrevas  
donde Dios te pone un velo!

Tu grandeza no es bastante  
para comprender á Dios!...

deja tu empeño constante:

¿por qué intentas delirante  
ir de lo invisible en pos?

¡Que nada somos sabemos,  
y tanto creemos ser!

¿por qué adivinar queremos  
misterios que no entendemos,  
si Dios no los deja ver?

¡Atrevido pensamiento,  
siempre vagando ha de estar  
sin detenerse un momento!

el es quien nos dá el contento,  
el quien nos hace llorar.

El quien eleva la idea,  
ó la hace ruin y mezquina;

él quien la mente recrea,  
el alma por él desea

y por él llora su ruina.

Su morada es la cabeza,  
y con tan poca estension,  
mil y mil veces tropieza;  
pues no cabe su grandeza  
en tan chica habitacion.

Hay á veces pensamientos,

que valen mas que la vida:

otros causan sufrimientos

ó traen remordimientos

despues de darles cabida.

¡Pensar!... tal es el destino

á que Dios nos sometió;

¡dichoso el que en su camino

un pensamiento divino

hasta el fin le protegió!

JOSEFA MOLERO Y FERRER.

## LA PENDIENTE DEL ABISMO

(CONTINUACION.)

El buen asistente permaneció pensativo y mudo por algunos instantes.

El habia dicho con esa buena fé que nace del corazon, que era preciso que se arreglase todo, que era preciso que aquella situacion terminase, que era preciso, en fin, que Enrique no partiese, porque su marcha iba á sembrar el duelo en aquella casa tan feliz y tranquila hasta entonces.

Pero apesar de su buen deseo, Juan Manuel no encontraba el medio de conciliar aquellos extremos.

Enrique ni su padre no cederian en sus resoluciones, ni retrocederian un paso de la senda que se habian trazado, sin que mediase algun incidente que les obligara á ello.

El jóven lo sabia muy bien.

Por que al pensar en Enrique, comprendia que aquella ausencia desgarraba su alma y destroza-ba su corazon. Comprendia que estaba desesperado, y que solo su afan seria buscar la muerte en medio de los peligros y la gloria: pero se figuraba que aquella determinacion tomada solo en un caso extremo, era fácil de vencer con una palabra de perdon de su padre, con una lágrima de Marta, con una sola mirada de la tierna y hermosa Luisa.

Pero! era tan difícil obtener todo esto!

El coronel, aunque sufriendo todas las dudas, todos los temores que solo un padre es capaz de adivinar ó comprender, se mantendría inflexible, creyendo rebajada su dignidad en ir á ofrecer un perdon que nadie le venia á pedir.

Marta y Luisa, que todo lo hubieran sacrificado, que lo hubieran arrojado todo sin temor ninguno, nada harían, porque no sabían nada tampoco.

Enrique había prohibido terminantemente á Juan Manuel que les hablase de su partida y el pobre asistente, que por todos los tesoros del mundo no hubiera desobedecido á su señor, daba vueltas en su mente á mil pensamientos estraños sin hallar el modo de dar solución á ninguno.

—Si la señora supiera que su hijo vá á marchar, murmuraba de vez en cuando, si la señora lo supiese ya buscaría el modo de impedirlo. Pero luego cuando estemos á mil leguas de aquí, la pobre llorará, se afigirá, todo será en vano: lo hecho, hecho se quedará: ella aquí sin vida y sin alegría, y nosotros Dios sabe donde. También mi pobre señor... porque al fin, el quiere al señorito como á las niñas de sus ojos, tenía cifrado en él todo su orgullo, toda su esperanza, y si una bala enemiga le privase de la vida en lejano suelo, sin verle, sin poder estar á su lado... ¡oh! vamos esto es terrible. ¡Y no poder hallar un medio!... Si yo me atreviera, si yo lo dijera todo á mi señora, tal vez ella... pero nó, imposible. Él me ha mandado callar y yo se lo he ofrecido así. ¿Qué haré? Cómo lograría que sin faltar á la obediencia ni á mi promesa?....

Juan Manuel meditó de nuevo, pero sin resultado alguno, á juzgar por su actitud desalentada.

Así permaneció mucho tiempo mordiéndose el vigote, atormentando su imaginación sin resultado, hasta que al fin levantó la cabeza de pronto, se dió una palmada en la frente, y exclamó con un acento lleno de gozo.

—Pues sí señor, esto es, y yo que no había caído... nada mas sencillo: cumpliré mi palabra y las señoras lo sabrán todo. ¡Oh! Dios es quien me ha inspirado esta idea, sí; no hay duda. El señorito me ha mandado no decir una palabra de su marcha á la señora ni á la señorita, y yo le he prometido hacerlo así, pero en verdad ni el me ha mandado que no las escriba, ni yo me he comprometido á no hacerlo. Por consiguiente no falto en nada, si pongo cuatro letras á la señorita Luisa diciéndole parte de lo ocurrido, para que ella á su vez... Nada, nada estoy resuelto, y antes de media hora....

El asistente dejó su asiento y se dirigió á su cuarto rápidamente

—Efectivamente el medio que había escogido lo conciliaba todo. Su buen corazón, sus excelentes sentimientos habían suplido en aquella ocasión á la mas brillante inteligencia.

Era un magnífico medio el que se le había ocurrido al pobre muchacho.

Al llegar á su estancia buscó en el cajón de su mesa un pliego de papel, que pudo encontrar, gracias al que tenía de reserva para hacer y llevar sus cuentas, y sacando de su bolsillo uno de esas tinteros de campaña, compañeros inseparables de todo soldado que sabe manejar una pluma, se dispuso á cumplir su propósito.

A la verdad él lo había creído muy fácil, pero al ir á transmitir las ideas al papel no lo encontró tan sencillo y hacedero.

Todas las frases le parecían mal, todas las palabras poco á propósito para dirigirse á la joven á quien respetaba y admiraba tanto.

Unas veces temía causarla un sobresalto demasiado grande, exagerando á su vista los hechos: otras creía haberla dicho muy poco.

Por fin despues de mucho vacilar, despues de romper muchas cuartillas y de pensar largo rato, el leal asistente acabó aquella carta que si no era un modelo de ortografía ó de gramática, lo era sí, de nobleza, de abnegación, de bondad.

Con aquel papel en la mano se dirigió en busca de Luisa, porque ya no había tiempo que perder, y no tardó en encontrarla, ó al menos en saber que estaba al lado de Marta.

Con el primer pretexto que pudo hallar la hizo salir un momento, y mas turbado, al verla tan pálida y llorosa, que si se hubiese tratado de tomar una fortaleza enemiga, se acercó con misterio y la dijo en voz baja, y dando vuelta entre sus manos á aquella carta.

—Perdone V. señorita si la he molestado, sí... pero era preciso... era preciso que V. y mi señora supieran que el señorito....

Juan Manuel se contuvo, recordó que iba á faltar á su promesa diciendo lo que había ofrecido callar, y quedó mudo ante Luisa que le miraba con ansiedad.

—Continúe V. exclamó la joven agitada. ¿Dónde está Enrique? que le pasa?

—Dónde está? precisamente en este momento habrá ido á....

Volvió á detenerse el asistente, por que sin pensar en ello iba decir que su señorito estaría ocupándose de los preparativos de la marcha, y por segunda vez iba á desobedecerle ya.

—Vamos, prosiga V. en nombre de Dios, dijo la niña con voz suplicante, prosiga V. y confíemelo todo. ¿Qué es de Enrique? dónde se halla? qué piensa hacer? Oh! su pobre madre está desesperada, teme que todo esto tenga funestos resultados, que el coronel adopte una medida demasiado rigurosa.

—No: no, el señor coronel no hará nada, demasiado pesar tendrá con lo que...

El pobre jóven no pudo proseguir.

Apretó los puños con enojo y murmuró apostro-  
fándose á sí mismo.

—Está visto, soy un vellaco, un necio que no  
sé decir una frase sin embrollarme y faltar á lo  
que debo!

—Perol... murmuró la niña admirada.

—Nada, nada: yo me entiendo, señorita Luisa,  
yo me entiendo, tome V., lea esa carta, perdone  
sus faltas, haga V. lo que quiera con ella, y que-  
de V. con Dios, por que si estoy un poco mas á su  
lado seré capaz de faltar á lo que he ofrecido, y  
un soldado que no cumple su palabra es un villa-  
no que deshonra el uniforme que viste, y á  
quien su señor tiene derecho de arrojar de su la-  
do, ¿estamos? y yo no quiero que el señorito Enri-  
que, que me ha llamado su hermano, me prohíba  
el marchar con él porque....

—Marchad! gritó Luisa aterrada.

—No, no.... yo no he dicho que se vá.... no lo  
he dicho.... en fin esto no puede seguir así.

Y Juan Manuel volvió con rapidéz la espalda  
á la jóven, que se quedó mirándole alejarse sin  
poder dominar su agitacion, ni explicarse nada de  
aquello.

Afortunadamente la carta que tenia en la ma-  
no iba á esplicárselo todo, y la jóven la desdobló  
con afan dirijiéndose á una ventana para leer su  
contenido.

Pero á las primeras frases, su manotembló, se  
oscureció su vista y no pudo menos de lanzar  
un grito de angustia.

Aquel grito llegó á escucharse en la estancia  
inmediata, donde una pobre madre lloraba con  
dolorosa incertidumbre la suerte de su hijo.

Marta á quien la inquietud y el dolor devoraba,  
se levantó rápidamente, salió de su gabinete  
y corriendo al lado de la jóven á quien encontró  
medio desmayada, la cojió en sus brazos y la  
preguntó con anhelante afan.

—¿Que es esto, Luisa, que tienes hija mia?

—Ay señora! ay madre mia! respondió la jóven  
deshecha en lagrimas; Enrique se marcha, se  
marcha á la guerra, donde puede morir!

—¿Qué dices?

—Oh! la verdad, esta noche..... dentro de al-  
gunas horas.....

—Dejarnos! él! ¡Oh eso no puede ser! yo iré...  
yo lo impediré...

—Ay! sí, sí por Dios, murmuró la pobre niña  
con abandono, porque si él se vá yo no podré re-  
sistir á tantos golpes y conozco que me matará  
el dolor!

—¿Qué dices, Luisa? murmuró Marta leyendo  
á través de la mirada de la jóven en el candoroso  
fondo de su alma, ¿qué dices?

—Que he podido sufrirlo todo, pero que me mo-  
riré si Enrique llega á partir.

(Continuad)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## SONETO.

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?  
¿Qué interés se te sigue, Jesus mio,  
Que á mi puerta, cubierto de rocío  
Pasas las noches del invierno oscuras?  
¡Oh! cuanto fueron mis entrañas duras  
Pues no te abrí; que extraño desvario!  
Si de mi ingratitud el hielo frío  
Pasmó las llagas de tus plantas puras!  
Cuántas veces mi ángel me decia:  
—Alma, asómate ahora á la ventana,  
Verás con cuanto amor llamar porfia,—  
Y cuántas, hermosura soberana,  
—Mañana le abriremos respondia,—  
Para lo mismo responder mañana!

Lope de Vega Carpio.

## MARIA.

(CONTINUACION.)

La misa se concluyó al fin y tomaron el cami-  
no de la casa de la señora Margerin. Las dos jó-  
venes se agarraron del brazo, Juan ofreció el su-  
yo á su tia, mientras que su madre se apoyaba  
en el otro. De este modo atravesaron la Plaza  
Mayor y llegaron al almacen de modas. Durante  
el camino la señora Margerin no cesó de repetir  
bajo mil formas el elogio de su aprendiz, sin  
olvidar [que monseñor el obispo la habia hecho  
á ella la señora Margerin, tres visitas en cuatro  
dias, acompañando esta gran noticia de algunas

reflexiones sobre la eleccion que de ella habia hecho el prelado entre todas las modistas de la ciudad para confiarle su pupila; pero afortunadamente no vió la sonrisa que aquellas reflexiones hicieron asomar á los labios de su sobrino.

Al llegar la noche Juan sintió que hubiese pasado con tanta rapidéz aquel dia, y le parecia que diez siglos le separaban todavia del domingo siguiente. Juanano acababa de ponderar cuan hermosa y amable le habia parecido María, y la señora Pastelot estaba encantada de ella por los cuidados de que la habia rodeado.

—No es orgullosa, decia, sin pensar que hablaba de una aprendiz de su hermana, porque del mismo modo que todos, estaba encantada de que María la hubiese tratado con cariño, é involuntariamente rendia homenaje á la superioridad que la pupila de la abadesa de Nuestra Señora ejercia sin saberlo sobre todos cuantos la veian.

Un año entero pasaron de esta suerte la venturosa familia y María. El obispo venia con frecuencia á visitar á su protegida para sustraerse á las escenas violentas de su hermana, que le reprendia como un insulto hecho á ella misma, el cariño que profesaba á la jóven que ella habia echado á la calle. Así es que aquel tomaba el partido de hacer parar su litera delante de una de las casas de la vecindad de la señora Margerín, se deslizaba suavemente á lo largo de la calle y muy arrimado á la pared hasta que llegaba á la tienda, donde gozaba el triple placer de ver á María, de agradar á la señora Margerín y de conversar con los parroquianos que llenaban la tienda.

Por lo que hace á Juan siempre hallaba asuntos que le obligaban, primero una ó dos veces por semana, luego todos los dias, despues dos ó tres veces al dia, á ir á casa de su tia, donde pasaba horas enteras. La señora Catalina se sonreia disimuladamente, y María, cuando la visita de Juan tardaba un poco y dejaba pasar la hora acostumbrada, sentíase inquieta y triste; pero su hermosa y noble fisonomía radiaba de gozo desde el momento que se presentaba el jóven pañero que verdaderamente por su buen porte y galante figura justificaba el interés de la aprendiz.

Sucedio, pues, que un demingo, apenas vió Juana á María, se le abalanzó al cuello mas tiernamente que de costumbre y que la señora Pastelot cojió á la jóven por la mano y la condujo á la tienda, que por la santidad del dia estaba cerrada.

—Mi querida María, le dijo con sencillez, Juan os ama, quereis ser su muger?

María ocultó su cara sobre el hombro de la

modista y se puso á llorar dulcemente; pero las lagrimas que derramaba eran de alegria. Luego que pasó aquel momento de feliz emocion, añadió la señora Pastelot:

—Juana, abraza á tu hermana.

Las dos encantadoras criaturas se abrazaron tiernamente y Juan besó la mano de su madre. ¡Qué alegre mañana y qué sabrosa la comida que siguieron á estos esponsales!

Despues de comer fueron á pasear por el jardin; Juan se apresuró á ofrecer su brazo á María; esta era la primera vez que hablaba á solas con ella.

—Es verdad, le dijo, que me amareis siempre?

María dejó caer tímidamente su mano en la del venturoso novio y su cabeza se inclinó sobre el pecho, pero la levantó al punto, murmurando.—Porqué ocultar lo que tengo á dicha poder deciros, sí, Juan yo os amo.

Juan sintió doblársele las rodillas. Sin embargo, no tardó en reponerse de esta ligera y viva emocion, y no sé qué continuarian diciéndose, pero cuando la familia entró en la trastienda, los semblantes de los dos enamorados jóvenes espresaban una dulce intimidad y ya habian perdido la falsa vergüenza de su felicidad.

En la mañana del siguiente dia, monseñor el obispo de Soissons recibió la visita de maese Juan Pastelot, vestido con su trage de fiesta. Sin duda el prelado sospechaba la causa de aquella visita ó la leia en el rostro del jóven, porque antes que se levantase y mientras todavia le echaba la bendicion episcopal, le dijo:

—Ola! parece que ahora no confundes á las muchachas solteras con las viejas viudas? Ya las miras de hito en hito y aun deseas verlas mas de cerca: esto es lo que se lee en tus ojos.

—Puesto que monseñor adivina el motivo de mi visita, espero que se dignará consentir....

—Darte á María en matrimonio? Mas de un año hace que he concebido este proyecto y que espero su ejecucion. Si; amigo mio, te doy la mano de esta muchacha querida, y me felicito de confiar el cuidado de su felicidad al joven mas digno que yo conozco.

Juan saludó profundamente al obispo.

—Monseñor se dignará asistir al banquete nupcial?

Y para celebrar yo mismo tu casamiento en mi iglesia episcopal con todo mi clero. Quiero desplegar una pompa que hará hablar de tus bodas por espacio de cien años.

—Gracias, monseñor, contestó el novio confundido: y se disponia á pedir otra vez la bendicion del obispo y volverse á su casa, cuando lo detuvo este diciéndole:

—Pero me parece, amigo mio, que olvidamos una cosa.

—Cuál es? monseñor.

—La mas exencial despues de tu muger, la dote.

—He previsto vuestros deseos, monseñor; pues firmaré en el contrato de matrimonio cuatro mil escudos para mi muger.

—Sin contar los doce mil que ella aporta al matrimonio, si; doce mil escudos que sus ignorados padres enviaron con ella y le fueron entregados á la difunta abadesa de nuestra Señora de Soissons. En cuanto á mi regalo de boda, espero no quedarás descontento. ¡Cómo! esta noticia de una fortuna que no aguardabas, no te causa sorpresa ni alegría!

—Yo era bastante rico para los dos, monseñor, y hubiera querido...

—Y bien, acaba, y hubieras querido...

—Hubiera querido que María lo recibiera todo de mí, añadió bajando los ojos.

—Eres un buen muchacho, replicó el obispo; pero María no te estará por eso menos agradecida y no vendrán mal los doce mil escudos. A Dios ¿Cuándo es la boda?

—Dentro de quince dias, monseñor.

Juan fué á llevar las buenas noticias que habia recibido del obispo á María y á su familia. Desde aquel mismo instante las cuatro mugeres pusieron con ardor mano á la obra. Las dos jóvenes amigas se ocuparon del ajuar; la señora Margerin, que sonreía por la felicidad de María y lloraba por separarse de ella, limpiaba la plata, sacaba del armario sus manteles adamascados y pasaba revista á toda la vajilla que habia de servir en la comida, en la cual queria esceder se por asistir á ella el señor obispo. En fin llegó el tan deseado como memorable dia. A las doce de la mañana dos literas con la librea episcopal, pararon delante de la casa de la modista: la encantadora novia subió la primera en compañía de la señora Pastelot, de Juana y de la señora Margerin; Juan y tres de sus amigos se colocaron en la segunda, y la comitiva se dirigió á la iglesia catedral, adornada como para un dia de gran solemnidad.

El obispo, revestido con sus insignias pontificales, esperaba á los futuros esposos en el pórtico de la iglesia y les dió el agua bendita como lo hubiera hecho con un príncipe. En seguida los condujo hasta el pié del altar mayor, donde los síndicos de los gremios de pañeros y comerciantes de telas sostenian el velo nupcial que cubria las cabezas de Juan y María. Terminada la ceremonia dirigió el obispo una breve arenga á los nuevos esposos y en seguida acudió al festin de

boda que hizo el mayor honor á la señora Margerin y del cual se habló en toda la ciudad durante ocho dias.

A la semana siguiente dió una brillante comida en el palacio episcopal á la familia Pastelot. Su hermana la señora Lidoria, se hallaba ausente hacía un mes, pues asuntos interesantes de familia la habian llevado á Paris.

## VI.

## LA FÉ DE BAUTISMO.

En el espacio de diez años un solo acontecimiento grave presenciaron las personas que hasta ahora han representado un papel mas ó menos importante en esta historia, y fué la muerte de la condesa Lidoria de Penevet, que falleció en Paris dejando al buen obispo una libertad de la que no supo que hacer y un descanso con el que se sintió al principio casi desgraciado. Pero no tardó de sacar su partido de aquella vida dulce y tranquila, gracias á la respetuosa amistad que le profesaban Juan Pastelot, su jóven esposa y todos los individuos de la familia del pañero, comprendiendo en este número á Juana, venturosamente casada con un platero de la ciudad. La señora Margerin, despues de haber vendido su tienda, se fué á vivir con su sobrino y su antigua aprendiz. El obispo nunca estaba mas contento que cuando convidaba á comer en su palacio á la familia Pastelot ó iba á casa del pañero.

Sin embargo de esto el prelado no dejaba de aflijirse por no ser todavia padrino de un hijo del pañero, pues esta era la única felicidad que Dios habia negado al jóven matrimonio. Entonces los ojos de María se llenaban de lágrimas, y el viejo prelado se reprendia su imprudente advertencia; pero algunos momentos despues volvía al mismo tema, por que esta era una idea constantemente fija en su cerebro septuagenario y debilitado por la edad.

Menos esta felicidad nada faltaba al bienestar del pañero, y si continuaba ejerciendo su profesion, era mas bien por tener una ocupacion que le libraba del fastidio de la ociosidad, que por aumentar su fortuna, la cual bastaba á cubrir todas sus necesidades.

(Continuará)



E. B.

## CORRESPONDENCIA.

Blanca.—Sr. D. A. V., los 18 sellos que nos remite han llegado á nuestro poder.

Caravaca.—Sr. D. C. M., se recibió la letra de que nos habla.

La Frecha.—Sra. D.<sup>a</sup> J. G., tenemos el honor de remitirle las colecciones que desea, y de servir la nueva suscripcion que nos indica. También hemos recibido los 16 rs.

Leon.—Sra. D.<sup>a</sup> V. G., en nuestro poder los 10 rs. y le remitimos el número 27.

Baeza.—Sr. D. J. S., queda hecha la correccion del apellido, y anotados los 24 rs. que envia.

La Laguna.—Sr. D. S. B., agradecemos infinito su fina carta y su constante interés por nuestra revista, hoy servimos las colecciones que indica, puede pedir los números que le faltan.

Lorca.—Sr. D. I. C., recibida su carta y complacido en cuanto indica en ella, ya sabe que somos sus amigos, y le apreciamos á V. y á toda su familia.

Madrid.—Sr. D. C. C., por segunda vez le remitimos los números del año 79, tiene abonados 12 rs.

Maside.—Sra. D.<sup>a</sup> D. G., en nuestro poder los 8 rs.

Martin Muñoz de las Posadas.—Sra. D.<sup>a</sup> J. T. L., con los 12 rs. que envia deja abonado D.<sup>a</sup> N. S. hasta fin de Mayo del 80.

Olivenza.—Sr. D. J. M., queda pagado hasta fin de Mayo del 80.

Pedraza de Alba.—Sra. D.<sup>a</sup> C. V., en nuestro poder los 20 rs.

Quel.—Sra. D.<sup>a</sup> A. M., con los 24 rs. deja abonado hasta fin de Junio del 80:

Ruanes.—Sr. D. M. P., recibidos los 62 rs., y anotados segun indica, estando conforme en un todo con su cuenta.

Rubena.—Sr. D. G. I., ya estarán en su poder las colecciones del 76 y 77, que por segunda vez le hemos remitido, pues solo deseamos complacer á nuestros suscritores.

Realejo Alto.—Sr. D. E. G. E., respondemos á la pregunta que nos hace, diciéndole, que puede remitir el dinero que indica en la forma que piensa, por ser el medio mas fácil.

Sajides.—Sr. D. A. V., recibidas las 10 pesetas.

Barbarena.—Sr. D. J. C., en nuestro poder las 6 pesetas, con las cuales deja abonado hasta fin de abril de 1880.

Córdoba.—Sr. D. R. S. C., recibí los 5 reales.

Santiago.—Sra. D.<sup>a</sup> J. B., en nuestro poder los 16 rs. que remitió.

Sallent.—Sra. D.<sup>a</sup> A. M. de F., gracias por el interés que se toma por nuestra humilde revista, recibidos los 40 rs. y distribuidos segun desea.

San Vicente de Villanueva.—Sr. D. S. C. B., le suplicamos nos manifieste el punto de residencia de D. R. S. y D.<sup>a</sup> M. L., pues no podemos anotarle los 48 reales que envió para ellos, los cuales con los 24 de V. han llegado á nuestro poder.

Córdoba.—Sr. D. R. A., le remitimos los números que desea, y rectificada su cuenta, solo le diré que el año 77 costó la suscripcion 24 rs.

Baza.—Sr. D. E. C., D.<sup>a</sup> P. C. suscrita en Julio del 75 debe á esta administracion 74 rs. hasta fin de abril próximo.

Lubrin.—Sr. D. S. C., el retraso del periódico no consiste en nuestra voluntad, sino en causas ajenas á ella; su deuda solo es 24 rs. del año corriente.

Loja.—Sr. D. C. E., recibidos los 12 rs.

Luanco.—Sra. D.<sup>a</sup> J. O., en nuestro poder los 22 rs que remite D. A. G. para que las anotemos en su cuenta de V.

Pedraza de Alba.—Sra. D.<sup>a</sup> M. R., damos á V. gracias por la nueva suscripcion que nos avisa, la cual queda servida, y anotados al par los 40 rs. que envia.

Palma del Rio.—Sr. D. J. J. A., Ya habrá V. visto que en la nota «Importante» no nos dirigimos á los suscritores que deben tres, ni aun seis meses; las cuatro suscripciones por que me pregunta solo adeudan 20 rs. cada una, y esto hasta fin de abril próximo.

Pobla de Segur.—Sr. D. J. C., le remitimos los números que desea, hemos recibido las ocho pesetas.

Puebla de Eca.—Sr. D. P. T., quedan en nuestro poder los 24 rs, y será complacido en lo que desea.

Aceuchal.—Sra. D.<sup>a</sup> J. B., le agradecemos en el alma el trabajo que toma por nuestra revista, hemos recibido las 13 pesetas, y las 12 de D.<sup>a</sup> S. A., á quien saludará en nuestro nombre.

Alcalá de Gurria.—Sr. D. B. J., damos á V. gracias por la nueva suscripcion que avisa. Los 24 rs. de D.<sup>a</sup> M. C. le quedan anotados en cuenta. V. solo debe 12 rs. hasta fin de abril próximo.

Cuenca de Campos.—Sra. D.<sup>a</sup> A. S., en nuestro poder las 10 pesetas que remite, puede manifestarnos los números que le faltan para enviárselos.

Higuera de Arjona.—Sra. D.<sup>a</sup> M. G., estamos conformes con su cuenta, y quedan en nuestro poder los 28 rs. que envia.

Trassierra.—S. D. V. B., recibidas las cuatro pesetas y se le complacerá en lo que indica.

Fraella.—Sr. D. C. B., en nuestro poder los 13 rs.

Noya.—Sra. D.<sup>a</sup> G. B. de P., han llegado á nuestras manos los 16 rs. que remitió.

Leon.—Sra. D.<sup>a</sup> L. G. de B., le remitimos el número que desea, y le dejamos abonados los 16 rs. que envia.

Loporzano.—Sra. D.<sup>a</sup> C. T. de la T., felicitamos á V. por el restablecimiento de la enferma; en nuestro poder las 15 pesetas, su cuenta está corriente y la de D.<sup>a</sup> G. Z.

Los Santos.—Sra. D.<sup>a</sup> M. S. de C., en nuestro poder los 16 rs., su cuenta está bien.

Sevilla.—Sra. D.<sup>a</sup> L. O., se han recibido en esta redaccion los 6 reales que remite, el completo de los números llegará pronto á sus manos.

Sevilla.—Sra. D.<sup>a</sup> M. C., en nuestro poder los sellos que remite, estamos conformes en que haga los pagos segun indica.

Sevilla.—Sra. D.<sup>a</sup> A. H.—El corto precio del periódico nos imposibilita de hacer el cobro como desea; quedan anotados los 20 rs.

San Idefonso.—Sra. D.<sup>a</sup> H. M., suscrita en el 78, solo tiene abonado 12 rs. á esta administracion, debiendo 16 rs. hasta fin de año: será complacida en lo que desea.

La Directora.

(Continuará.)

Granada:—Imprenta de La Madre de Familia.